

de la crítica de la razón pura en su filosofía; del dogma de la responsabilidad en su moral; de la idea de la libertad en su derecho; de la revolución americana y la revolución francesa en sus instituciones; y que va á completar todos estos progresos, consagrando la personalidad humana en su íntegra esencia, y en la suma total de sus relaciones; no puede dársele á una sociedad así, profundamente democrática, pero también profundamente liberal, por toda norma de vida, por toda esperanza de ascensión y crecimiento, el comunismo asiático, el comienzo de las sociedades, la época de su gestación en que la rica variedad de la naturaleza humana todavía no se desarrollaba, como no se desarrollan las ramas, las hojas, las flores ni los frutos en la tosca semilla, en el pobre germen, que sin embargo contiene toda la planta. El comunismo es la forma naturalísima del patriarcado antiguo, de la tribu nómada y errante que lleva en sus carros de guerra familia, propiedad, gobierno, leyes, y dioses. Pero en cuanto la personalidad brota, con ella brota la ley de variedad. Y con la ley de variedad la diversidad de aptitudes, resultado de la diversidad de facultades, que forman, por sus mismas contradicciones, las armonías de la vida. El hombre tiene derecho á vivir en sociedad donde todas sus facultades puedan libremente desarrollarse y crecer bajo su individual responsabilidad por los consejos de su conciencia libre, por los impulsos de su voluntad independiente y autónoma. Pero no tiene, no puede tener derecho el hombre á que el empleo desigual de sus facultades, producto de su propia voluntad, se premie igualmente. Para conseguir este fin, se necesita crear un Estado que violenta la naturaleza; y para violentar la naturaleza, se necesita crear un Estado que asesine la libertad. Solamente la fuerza podrá destruir el individualismo ingénito á la personalidad humana. Solamente la fuerza podrá disciplinar, regimentar las aptitudes y distribuir con igualdad los productos de estas aptitudes. La tijera del jardinero de

Versalles iguala los árboles que la naturaleza en su libre espontaneidad produce de diversas estaturas, para que las leyes de la variedad se cumplan. Y así como el jardinero igualaba los árboles en las combinaciones matemáticas pero yertas de *Le Notre*, la monarquía encorvaba á las clases bajo el yugo de Luis XIV. Pues una autoridad tan fuerte como la autoridad del rey-sol, se necesitaba para distribuir igualmente los bienes humanos, y conservar en común la propiedad. Y uno de los males mayores del comunismo es su naturaleza mecánica, con la cual destruye la libre espontaneidad del genio. Si le preguntáis á Bakounine, os dirá que el municipio comunista eslavo es el bello ideal de la sociedad humana. Y si le aseguráis que preferís el municipio sajón, el municipio americano, os dirá que allí reinan la desigualdad y el egoísmo. Pero yo le preguntaría: ¿cómo el municipio eslavo no ha producido todavía ni un Fulton, ni un Francklin, ni un Morse? No los ha producido porque la naturaleza solo se somete al genio, y el genio solo se revela en la libertad.

Lo cierto es que toda la idea social de Bakounine es una utopía, y una utopía desprovista de fantasía, una utopía que no se ha caldeado en el horno de la imaginación. Yo comprendo los grandes utopistas que han escrito y han divulgado un poema cosmogónico, un poema social. Yo los comprendo, y me parecen sus teorías como una vía-láctea de ideas, en la cual se desvanece todo lo indeciso, y se condensan nuevos mundos. Si estos utopistas que han buscado en su conciencia una nueva sociedad, no han hecho más que sostener, señalar, abrir horizontes, han hecho mucho, sí, mucho por la humanidad. Han puesto junto á nuestros dolores sus esperanzas. De esta suerte, su idealidad se levanta sobre todos los tiempos, y mantiene las incontrastables aspiraciones al progreso, y aviva la sed de lo infinito. El profeta social es como el poeta, compañero inseparable de los hombres; y como el poeta, les encubre bajo las rosadas alas de sus

presentimientos los dolores de cada pulsación de la vida, y las penas de cada día de trabajo. En el mundo bíblico el profeta creó la idea de Israel, que alimentara cien generaciones. De igual manera, la sibyla del mundo pagano, queda de pie sobre los altares del cristianismo, cuando todos los dioses han muerto. Esta mujer misteriosa sobrevive á las divinidades, y resplandece aun bajo la bóveda de la Capilla Sixtina, en el santuario del catolicismo, porque ha esperado mucho. En toda época, junto á toda realidad, habrá un iris de esas ilusiones, que prometerá, no solo una reforma social, sino también una reforma cosmogónica. Después de hojear uno de estos libros apocalípticos, yo siento latir con mayor fuerza mis sienes, y espaciarse en májicas esperanzas mis sentimientos. Si levanto los ojos al cielo, creo ver dentro de mi pequeña retina lo infinito, creo escuchar las vibraciones en mi torpe oído de la vida universal. Y cuando considero los orbes luminosos, los cometas errantes, las estrellas que son soles de soles, el astro de nuestros días terrestres acompañado de su cintura de planetas, que á su vez arrastra en pos de sí plácidos satélites y enjambres de aereolitos, creo que las fuerzas, cosmogónicas me auxilian poderosamente en mis individuales progresos; y que los misterios de la naturaleza y del espíritu se revelan á mi débil razón, y que los cielos florecen como en una primavera universal; y que la vía-láctea llueve gotas de rocío misterioso en nuestras zonas celestes iluminándolas de nuevas lunas; y que ligeras y resistentes alas brotan en nuestras espaldas para volar con el éxtasis en los ojos y la verdad en el pensamiento de mundo en mundo, de sol en sol, comunicándome con todos sus habitantes, divisando nuevos aspectos de la belleza y de la verdad eterna antes de mi desconocidos, oyendo las armonías inefables de los astros, en las combinaciones de sus movimientos, hasta que la vida toda del Cosmos refluya en mí sin anegarme, y yo, sin sentir mi razón deslumbrada, vea las transformacio-

nes de mi ser en nuevas formas del espíritu, y sobre mi espíritu á Dios, animando y reproduciendo eternamente la vida y sus creaciones.

Esto no será sañoso á la política; mas es halagüeño á la fantasía. Pero ¿qué ideal es el ideal de Bakounine? Un ayuntamiento comunista sometido en lo político á un Czar sin responsabilidad y en lo administrativo á una burocracia sin entrañas. Yo lo he visto, yo por mis propios ojos, subir á la tribuna del Congreso de Berna, y explanar friamente sus utopías en lenguaje fácil, pero descarnado. Una legión de trabajadores le seguía, empeñada en creer que su posición no se mejorará, sino cuando haya igualado los hombres bajo el yugo de un Estado fuerte y reguládoslos por el patron de sus combinaciones comunistas. Algunos jóvenes rusos le circundaban, pálidos como la muerte, febriles como la tisis, exaltados hasta la demencia, proponiendo la proclamación del ateísmo como dogma de la democracia, y el combate oficial, armado, público, por todas las fuerzas de los gobiernos, á la idea de Dios. Aquellos delirantes nihilistas deseaban ver una inquisición del materialismo, un Felipe II que persiguiera á los deístas, la opresión material de las conciencias, la guerra violenta con las ideas que son de todo punto incoercibles como el calor, y como la luz. El comunista ruso paseaba su concentrada y chispeante mirada sobre todos sus adeptos como un Pontífice sobre sus fieles, y dirigía sardónicas reticencias á todos los que no imaginaban como el mejor de los gobiernos el gobierno de nuestros conventos, y como la región más privilegiada de la tierra, la triste y estéril estepa moscovita. «Yo quiero, decía, dirigiéndose á los demócratas de Europa, una resolución clara, neta. Yo quiero la nivelación de los individuos y de las clases, porque fuera de esto no hay justicia. Yo soy colectivista, y por eso pido la abolición de la herencia. Si vosotros teneis otros medios, dádnoslos, porque de lo contrario creeremos que solo

«llamais á los trabajadores para imponerles nuevas cadenas.» Alberto Richard le sigue, y formula con no ménos claridad sus ideas. «El remedio á los males de esta sociedad se encuentra en la posesion colectiva del suelo.» Faclart es el más fanático. Sus palabras están dictadas por una grande exaltacion: «Si no sois ateos, parareis lógicamente en tiranos. En lugar de ser una liga para emancipar á los pueblos, sereis una santa alianza contra las revoluciones. Antes que conservar cosa alguna de la antigua organizacion social, quiero las irrupciones de los bárbaros.»

El Congreso de Berna, representante fiel de la democracia, de la República, de la federacion, en ninguna manera podia aceptar semejantes doctrinas. Hubiera ahogado la obra, que tuvo entre sus profetas al Dante, y á Lutero; entre sus filósofos á Descartes y á Loke; entre sus Bautistas á Voltaire y á Rousseau; entre sus soldados á Wasingthon y á Hoche, hubiérala ahogado en el polvo del materialismo nihilista. En cuanto los demócratas rechazaron estas doctrinas, alzóse airado el publicista moscovita, congregó á los suyos, dirigió algunas amenazas á los que llamaba republicanos formalistas, y abandonó el salon de sesiones, diciendo que exclusivamente se consagraba desde aquel dia á los trabajadores

y á la solucion del problema social por el colectivismo.

Efectivamente, un año más tarde se verifica el importante Congreso de trabajadores en Basilea. Bakounine ha cumplido sus amenazas, ha infundido la idea comunista rusa en las venas de los trabajadores occidentales. Sus teorías se reducen á las siguientes: 1.ª destruccion de todo estado político; 2.ª sustitucion del Estado político por las asociaciones de trabajadores; 3.ª liquidacion social; 4.ª propiedad colectiva de la tierra; 5.ª apropiacion en comun de todos los instrumentos de trabajo; 6.ª ateísmo en religion, materialismo en filosofía.

¿Estas teorías aceptadas por una gran parte de los trabajadores europeos, provenian de alguna de esas naciones que han recorrido la civilizacion en todas sus fases, de alguna de esas Universidades que han agotado la ciencia en todas sus profundidades? No. Provenian de las estepas de Rusia, de tribus podridas antes de estar maduras, de inteligencias atormentadas por sombras que oscurecen cuanto alcanzan, de sectarios rusos, perdidos en el desierto, ajenos á todo nuestro movimiento científico, y que huyendo de la intolerancia de su Iglesia y de las tiranías de sus bárbaros czares, se precipitaban resueltamente en el nihilismo, en verdadero suicidio de la conciencia y del alma.

## CAPITULO XIX.

### LA ESCUELA DE LOS ESLAVÓFILOS.

La teoría de Bakounine obedece en el fondo á un sentimiento análogo al sentimiento de los eslavófilos. Estos sectarios creen su raza la raza elegida de la libertad, cómo los judíos creían á su pueblo el pueblo elegido de Dios. En el corazon de tales patriotas solo existen ideas repulsivas, no ya á la dominacion, sino á la influencia extranjera. Creeríase que estaban sometidos como estuvieron los húngaros y los polacos, descuartizados como están aun los pueblos de Polonia, ¡ellos, los dominadores y los tiranos de tantas nacionalidades muertas! La idea de los eslavófilos rusos nació al calor del misticismo, en el seno de la Santa Alianza, cuando los reyes exaltados por sus victorias, y los pueblos febriles por sus batallas, creían extinguidas las ideas revolucionarias y posible la restauracion de la Edad Media con sus aristocracias teocráticas y militares, sus reyes-soldados, sus pontífices mediadores entre Dios y los hombres, entre los cielos y las grandes potestades de la tierra. Entonces toda una escuela, llamada

romántica, coincidía con estas tendencias de los déspotas, y dábbase en Alemania á levantar más allá de la invencion de la imprenta y del descubrimiento del Nuevo-Mundo; más allá de la predicacion de Lutero y de la ironía de Cervantes; más allá de las estatuas de Miguel Angel y de los cuadros de Rafael; más allá de este Renacimiento, que habia devuelto su calor al espíritu, su justo imperio á la naturaleza; una sociedad que los románticos creían católica y caballeresca, cuando en su esencia era militar y sierva. Arrastrados de estas tendencias arcáicas, los hijos de Bohemia, opresos por el Austria, levantaron sus brazos al Emperador Alejandro, en nombre de la comunidad de sangre, en nombre de la sangre eslava. A tal clamor los rusos se acordaron de que ellos eran tambien eslavos, hermanos de los oprimidos; y Alejandro, alemán, hermano de los opresores. Y un movimiento hácia los tiempos precedentes á la dinastía alemana, se pronunció en Rusia. Para estos arqueólogos, la religion